

Cuatro momentos

Alejandra Ortega

Silencio de tus labios

¿Sabes que tu silencio duele?

No escuchar tu voz detiene los días. Esos que ahora se han vuelto del gris más tenue.

Es una mala costumbre recordar tu voz a sabiendas de que no la tengo.

Y así pasan días y noches que derraman nostalgia de un pasado donde reías conmigo.

Todo lo marcó un instante que te hizo viajar al mundo de los silencios. Lo entiendo.

Mas insisto y busco tu mirada para tener fuerza y seguir. Sin otro motivo que hacerte saber que estoy aquí, aunque no quieras que te escuche... aunque seamos fantasmas en un mundo de ruido.

Las horas se hacen eternas al no poder compartir el día a día. ¡Y qué decir de las noches! Esas duelen más.

Vivo esperando que el silencio de tus labios acabe. Vivo leyendo las cartas que me escribiste, imaginando que eres tú el que las lee.

Es la añoranza de tiempos marcados por números... dos, siete, nueve. Una absurda complicidad de ese amor nuestro.

No sé si vuelvas. No sé si aún estaré aquí para escucharte. Creo que también te he ido olvidando poco a poco.

Creo que mis labios también se están cerrando...

Tú...

Te conozco. Tú no lo sabes pero te vi. Llegaste en enero. Lo recuerdo siempre.

No escuché la puerta cuando la tocaste, pero ella sí. Ella sabe todo de mí y de ti. Me dijo que vendrías y no le creí. Pero tuvo razón. Siempre la tiene.

¡Es una suerte que esté a mi lado!

Cuando llegaste a casa me asome desde mi habitación para conocerte. Vi tu cara. Tus ojos color ámbar, tu boca rosada y tu cabello negro. Martha también te vio.

Todos esperábamos que te quedaras, sobretodo mis ojos y yo. Pero decidiste irte antes de que pudiéramos vernos cara a cara. Ojalá hubiera escuchado tu voz ese año.

No te voy a mentir, me dolió que partieras. Nos dolió a todos.

Salí a buscarte. Quería verte de frente, escuchar tu voz y decirte todo lo que callé.

Ya no estabas.

Han pasado diez años y sigo pensando en ti y en todas las palabras que no alcanzamos a decir.

Sé que tú me conociste bien, tal vez mejor que yo a ti. Sabes que hubiéramos sido grandes amigas, así como Aída, Martha y yo. Pero te fuiste, supongo que para protegerme o eso quiero creer.

Sin embargo, hubiera jugado mi vida por certeza.

Mil cuatrocientos sesenta días

Mil cuatrocientos sesenta días han pasado desde que te fuiste.

No estuve ahí para tomar tu mano, para ver tus ojos y decirte lo mucho que te amé. Que aún te amo.

Recibí una llamada, una voz cortada que a lo lejos me contaba tu partida.

Esa voz...

No entendía lo que estaba sucediendo. Se paró el tiempo. Se paró mi vida.

De repente la imagen de tu carita y de tu fuerte mirada apareció para no irse nunca.

Llegué tarde. Estabas acostada en tu cama. Tomé tu mano, te besé y aunque ya no me escucharas te agradecí por el gran amor que me diste.

Hoy como cada día los recuerdos se agolpan en mi mente.

Las mañanas y tardes juntas, los lugares que recorrimos y tu gran historia de vida que compartiste conmigo.

Sigo agradecida porque conocí tu gran corazón y las tristezas y alegrías que guardaba.

A pesar de tu ausencia tu sonrisa sigue aquí, al igual que los aromas de tu cocina.

¡Qué extraño que no olvide eso! Tal vez porque así era como escuchaba tus latidos.

Aún ahora, abuela, no hay día que no piense en ti sin que se haga pedazos mi alma.

Verde que te quiero verde

Aún no sé qué te detiene. Puedes volver cuando quieras. No sabía que las ataduras eran tan fuertes.

Siempre pensé que podías con eso.

Ve y no mires atrás. Nunca has necesitado del pasado, pero tienes que sanarlo.

¡Rompe ese espejo! No vuelvas a ver esa imagen. No es tuya. Es el reflejo de otra vida lo que te daña.

Mejor perdona. Perdónate por no tener las palabras precisas y directas que hubieran detenido su saeta.

Acepta que te amaba y que tú también lo hacías.

Acepta que tal vez el daño fue mutuo y no quieres asumirlo.

¿Por qué no te quedas con las risas y los brindis de cognac? Aférrate a las horas de juego y charlas bonitas. No todo fue malo. Lo sabes.

Mejor regresa a su habitación y juega otra vez a ponerte sus anillos y aretes, a maquillarte en ese tocador antiguo y pequeño. Vuelve a su mecedora. Escucha de nuevo su «verde que te quiero verde». Ve a su jardín aunque ya no esté ahí.

Sé que te aterra reflejarte en su rostro, en sus penas. No lo hagas, no es necesario que te lastimes así. Ella era más que eso y te amaba. Te lo dijo la última vez que estuvieron juntas.

Tú también la amabas. Lo sé bien. Estuve ahí cuando te lo dijo.

Fue una buena despedida.